

sueño de coqueta; que siempre le había querido a él, a Joaquín y no a otro. « ¡Pero no se morirá!», se dijo luego. « ¡No dejaré yo que se muera, no debo dejarlo, está comprometido mi honor, y luego... necesito que viva!»

Y al decir este: « ¡necesito que viva!», temblábale toda el alma, como tiembla el follaje de una encina a la sacudida del huracán.

«Fueron unos días atroces aquellos de la enfermedad de Abel -escribía en su Confesión el otro-, unos días de tortura increíble. Estaba en mi mano dejarle morir, aún más, hacerle morir sin que nadie lo sospechase, sin que de ello quedase rastro alguno. He conocido en mi práctica profesional casos de extrañas muertes misteriosas que he podido ver luego iluminadas al trágico fulgor de sucesos posteriores, una nueva boda de la viuda y otros así. Luché entonces como no he luchado nunca conmigo mismo, con ese hediondo dragón que me ha envenenado y entenebrecido la vida. Estaba allí comprometido mi honor de médico, mi honor de hombre, y estaba comprometida mi salud mental, mi razón. Comprendí que me agitaba bajo las garras de la locura; vi el espectro de la demencia haciendo sombra en mi corazón. Y vencí. Salvé a Abel de la muerte. Nunca he estado más feliz, más acertado. El exceso de mi infelicidad me hizo estar felicísimo de acierto.»

-Ya está fuera de todo cuidado tu... marido -le dijo un día Joaquín a Helena.

-Gracias, Joaquín, gracias -y le cogió la mano, que él se la dejó entre las suyas-; no sabes cuánto te debemos...

-Ni vosotros sabéis cuánto os debo...

-Por Dios, no seas así... ahora que tanto te debemos, no volvamos a eso...

-No, si no vuelvo a nada. Os debo mucho. Esta enfermedad de Abel me ha enseñado mucho, pero mucho...

-¿Ah, le tomas como a un caso?

-¡No, Helena, no; el caso soy yo!

-Pues no te entiendo.

-Ni yo del todo. Y te digo que estos días luchando por salvar a tu marido...

-¡Di a Abel!

-Bien, sea; luchando por salvarle he estudiado con su enfermedad la mía y vuestra felicidad y he decidido... ¡casarme!

-¿Ah, pero tienes novia?

-No, no la tengo aún, pero la buscaré. Necesito un hogar. Buscaré mujer. ¿O

crees tú, Helena, que no encontraré una mujer que me quiera?

-¡Pues no la has de encontrar, hombre, pues no la has de encontrar...!

-Una mujer que me quiera, digo.

-¡Sí, te he entendido, una mujer que te quiera, sí!

-Porque como partido...

-Sí, sin duda eres un buen partido... joven, no pobre, con una buena carrera, empezando a tener fama, bueno...

-Bueno... sí, y antipático, ¿no es eso?

-¡No, hombre, no; tú no eres antipático!

-¡Ay, Helena, Helena!, ¿dónde encontraré una mujer? ...

-¿Que te quiera?

-No, sino que no me engañe, que me diga la verdad, que no se burle de mí, Helena, ¡que no se burle de mí...! Que se case conmigo por desesperación, porque yo la mantenga, pero que me lo diga...

-Bien has dicho que estás enfermo, Joaquín. ¡Cásate!

-¿Y crees, Helena, que hay alguien, hombre o mujer, que pueda quererme?

-No hay nadie que no pueda encontrar quien le quiera.

-¿Y querré yo a mi mujer? ¿Podré quererla?, ¿dime?

-Hombre, pues no faltaba más...

-Porque mira, Helena, no es lo peor no ser querido, no poder ser querido; lo peor es no poder querer.

-Eso dice don Mateo, el párroco, del demonio, que no puede querer.

-Y el demonio anda por la tierra, Helena.

-Cállate y no me digas esas cosas.

-Es peor que me las diga a mí mismo.

-¡Pues cállate!

Dedicóse Joaquín, para salvarse, requiriendo amparo a su pasión, a buscar mujer, los brazos maternales de una esposa en que defenderse de aquel odio que sentía, un regazo en que esconder la cabeza, como un niño que siente terror al coco, para no ver los ojos infernales del dragón de hielo.

¡Aquella pobre Antonia!

Antonia había nacido para madre; era todo ternura, todo compasión. Adivinó en Joaquín, con divino instinto, un enfermo, un inválido del alma, un poseso, y sin saber de qué, enamoróse de su desgracia. Sentía un misterioso atractivo en las palabras frías y cortantes de aquel médico que no creía en la virtud ajena.

Antonia era la hija única de una viuda a que asistía Joaquín.

-¿Cree usted que saldrá de esta? -le preguntaba a él.

-Lo veo difícil, muy difícil. Está la pobre muy trabajada, muy acabada; ha debido de sufrir mucho... Su corazón está muy débil...

-¡Sálmela usted, don Joaquín, sálmela usted, por Dios! ¡Si pudiera daría mi vida por la suya!

-No, eso no se puede. Y, además, ¿quién sabe? La vida de usted, Antonia, ha de hacer más falta que la suya...

-¿La mía? ¿Para qué? ¿Para quién?

- ¡Quién sabe...!

Llegó la muerte de la pobre viuda.

-No ha podido ser, Antonia -dijo Joaquín-. ¡La ciencia es impotente!

-¡Sí, Dios lo ha querido!

-¿Dios?

-Ah -y los ojos bañados en lágrimas de Antonia clavaron su mirada en los de Joaquín, enjutos y acerados-. ¿Pero usted no cree en Dios?

-¿Yo ...? ¡No lo sé...!

A la pobre huérfana la compunción de piedad que entonces sintió por el médico aquel le hizo olvidar por un momento la muerte de su madre.

-Y si yo no creyera en Él, ¿qué haría ahora?

-La vida todo lo puede, Antonia.

-¡Puede más la muerte! Y ahora... tan sola... sin nadie...

-Eso sí, la soledad es terrible. Pero usted tiene el recuerdo de su santa madre, el vivir para encomendarla a Dios... ¡Hay otra soledad mucho más terrible!

-¿Cuál?

-La de aquel a quien todos menosprecian, de quien todos se burlan... La del que no encuentra quien le diga la verdad...

-¿Y qué verdad quiere usted que se le diga?

-¿Me la dirá usted, ahora, aquí, sobre el cuerpo aún tibio de su madre? ¿Jura usted decírmela?

-Sí, se la diré.

-Bien, yo soy un antipático, ¿no es así?

- ¡No, no es así!

-La verdad, Antonia...

- ¡No, no es así!

-Pues ¿qué soy...?

-¿Usted? Usted es un desgraciado, un hombre que sufre...

Derritiósele a Joaquín el hielo y asomáronsele unas lagrimas a los ojos. Y volvió a temblar hasta las raíces del alma.

Poco después Joaquín y la huérfana formalizaban sus relaciones, dispuestos a casarse luego que pasase el año de luto de ella.

«Pobre mi mujercita -escribía, años después, Joaquín en su Confesión- empeñada en quererme y en curarme, en vencer la repugnancia que sin duda yo debía de inspirarle. Nunca me lo dijo, nunca me lo dio a entender, pero ¿podía no inspirarle yo repugnancia, sobre todo cuando descubrí la lepra de mi alma, la gangrena de mis odios? Se casó conmigo como se habría casado con un leproso, no me cabe duda de ello, por divina piedad, por espíritu de abnegación y de sacrificio cristianos, para salvar mi alma y así salvar la suya, por heroísmo de santidad. ¡Fue una santa! ¡Pero no me curó de Helena; no me curó de Abel! Su santidad fue para mí un remordimiento más.

»Su mansedumbre me irritaba. Había veces en que ¡Dios me perdone!, la habría querido mala, colérica, despreciativa.»

En tanto la gloria artística de Abel seguía creciendo y confirmándose. Era ya uno de los pintores de más nombradía de la nación toda, y su renombre empezaba a traspasar las fronteras. Y esa fama creciente era como una granizada desoladora en el alma de Joaquín. «Sí, es un pintor muy científico; domina la técnica; sabe mucho, mucho; es habilísimo» -decía de su amigo, con palabras que silbaban. Era un modo de fingir exaltarle deprimiéndole:

Porque él, Joaquín, presumía ser un artista, un verdadero poeta en su profesión, un clínico genial, creador, intuitivo, y seguía soñando con dejar su clientela para dedicarse a la ciencia pura, a la patología teórica, a la investigación. ¡Pero ganaba tanto...!

«No era, sin embargo, la ganancia -dice en su Confesión póstuma- lo que más me impedía dedicarme a la investigación científica. Tirábame a esta por un lado el deseo de adquirir fama y renombre, de hacerme una gran reputación científica y asombrar con ella la artística de Abel, de castigar así a Helena, de vengarme de ellos, de ellos y de todos los demás, y aquí encadenaba los más locos de mis ensueños, mas por otra parte, esa misma pasión fangosa, el exceso de mi despecho y mi odio me quitaban serenidad de espíritu. No, no tenía el ánimo para el estudio, que lo requiere limpio y tranquilo. La clientela me distraía.

»La clientela me distraía, pero a veces temblaba pensando que el estado de distracción en que mi pasión me tenía preso me impidiera prestar el debido cuidado a dolencias de mis pobres enfermos.

»Ocurrióme un caso que me sacudió las entrañas. Asistía a una pobre señora, enferma de algún riesgo, pero caso desesperado, a la que él había hecho un retrato, retrato magnífico, uno de sus mejores retratos, de los que han quedado como definitivos de entre los que ha pintado, y aquel retrato era lo primero que se me venía a los ojos y al odio así que entraba en la casa de la enferma. Estaba viva en el retrato, más viva que en el lecho de carne y hueso sufrientes. Y el retrato parecía decirme "¡Mira, él me ha dado vida para siempre!, a ver si tú me alargas esta otra de aquí abajo." Y junto a la pobre enferma, auscultándola, tomándole el pulso, no veía sino la otra, a la retratada. Estuve torpe, torpísimo, y la pobre enferma se me murió; la dejé morir más bien, por mi torpeza, por mi criminal distracción. Sentí horror de mismo, de mi miseria.

»A los pocos días de muerta la señora aquella, tuve que ir a su casa, a ver allí otro enfermo, y entré dispuesto a mirar el retrato. Pero era inútil, porque era él, el retrato que me miraba aunque yo no le mirase y me atraía la mirada. Al despedirme me acompañó hasta la puerta viudo. Nos detuvimos al pie del retrato, y yo, como empujado por una fuerza irresistible y fatal, exclamé:

»-¡Magnífico retrato! ¡Es de lo mejor que ha hecho Abel!

»-Sí -me contestó el viudo-, es el mayor consuelo que me queda. Me paso largas horas contemplándola. Parece como que me habla.

»-¡ Sí, sí -añadí- este Abel es un artista estupendo! »Y al salir me decía: "¡Yo la dejé morir y él la resucita!"»

Sufría Joaquín mucho cada vez que se le moría alguno de sus enfermos, sobre todo los niños, pero la muerte de otros le tenía sin grave cuidado. «¿Para qué querrá vivir...? -decíase de algunos-. Hasta le haría un favor dejándole morir...»

Sus facultades de observador psicólogo habíansele aguzado con su pasión de ánimo y adivinaba al punto las más ocultas lacerías morales. Percatábase en seguida, bajo el embuste de las convenciones, de qué maridos preveían sin pena, cuando no deseaban, la muerte de sus mujeres y qué mujeres ansiaban verse libres de sus maridos, acaso para tomar otros de antemano escogidos ya. Cuando al año de la muerte de su cliente Álvarez, la viuda se casó con Menéndez, amigo íntimo del difunto, Joaquín se dijo: «Sí que fue rara aquella muerte... Ahora me la explico... ¡La humanidad es lo más cochino que hay, y la tal señora, dama caritativa, una de las señoras de lo más honrado...!»

-Doctor -le decía una vez uno de sus enfermos-, máteme usted, por Dios, máteme usted sin decirme nada, que ya no puedo más... Déme algo que me haga dormir para siempre...

«¿Y por qué no había de hacer lo que este hombre quiere -se decía Joaquín- si no vive más que para sufrir? ¡Me da pena! ¡Cochino mundo!»

Y eran sus enfermos para él no pocas veces espejos. Un día le llegó una pobre mujer de la vecindad, gastada por los años y los trabajos, cuyo marido, en los veinticinco años de matrimonio se había enredado con una pobre aventurera. Iba a contarle sus cuitas la mujer desdeñada.

-¡Ay, don Joaquín! -le decía-, usted, que dicen que sabe tanto, a ver si me da un remedio para que le cure a mi pobre marido del bebedizo que le ha dado esa pelona.

-¿Pero qué bebedizo, mujer de Dios?

-Se va a ir a vivir con ella, dejándome a mí, al cabo de veinticinco años...

-Más extraño es que la hubiese dejado de recién casados, cuando usted era joven y acaso...

-¡Ah, no, señor, no! Es que le ha dado un bebedizo trastornándole el seso, porque si no, no podría ser... No podría ser...